

José Ramón Insa nos habla de los Laboratorios de Innovación Ciudadana como **Organizaciones/espacios efervescentes**, entendidos estos, como espacios que se disuelven en el medio y lo contaminan con sus compuestos. Nos muestra una visión de los laboratorios como metáforas de la deriva, como algo que no pretende la direccionalidad sino la búsqueda, la interrogación y la descubierta.

Defiende la idea de que Los Laboratorios de Innovación Ciudadana se constituyen como espacios para la práctica comunitaria. No son objeto sino **comunidad**, que generan sus propias herramientas para la autonomía atacando las estructuras que genera una sociedad de asimetrías. Explica de igual modo que funcionan como un rizoma que permite que esa inteligencia ciudadana pueda evolucionar y contaminar, inocular y pervertir las lógicas de la norma sin necesidad de protocolos. Relacionando y uniendo esto último con **la ética transware** y con la conversión del proceso en práctica inductiva y la generación de conocimiento desde el común para el común. Entiende en definitiva El Laboratorio como un espacio público intelectual para la distribución abierta del conocimiento comunitario.

Señala además que los Laboratorios actúan como un **catalizador** y dan respuesta a la necesidad de alcanzar la comprensión de esos lenguajes emergentes que van codificando y decodificando la sociedad desde posiciones poco conocidas e interpretadas.

Introduce también, la idea de espacios conectoma: dinámicos, nómadas, abiertos, sustentados sobre la simbiosis y los territorios de contagio, desjerarquizados y heterárquicos. Pensados desde la **conectividad múltiple** en dos sentidos: uno, el que nos lleva a comprender que el espacio público ya no es solo proximal ni físico, sino que se compone de una amalgama de capas en la que se intercalan las realidades físicas o analógicas y las digitales o virtuales; y dos, aquel que nos indica que el desarrollo ciudadano no puede dejarse exclusivamente en las manos de los “expertos” sino que debe existir una **polinización cruzada** que permita la logística del conocimiento.

Nos recuerda también que para mantener su esencia viva es necesario saber qué no deben ser, en qué no deben convertirse: en cadenas de transmisión de los dispositivos de poder, en exaltación de lo obvio, en multiplicadores de mercancías, en vaselina para el neoliberalismo, en entretenimiento para acomodados, en generosidad patriarcal, en endogamia de clase, en fachada de apariencia y acción de superficie, en neutralizadores de la fuerza colectiva, en asistencialismo caritativo o en nuevos nichos de mercado...

Desde su punto de vista, la sostenibilidad de los Laboratorios de Innovación ciudadana no necesita nuevas fórmulas sino **nuevas actitudes**, revisar la organización interna de las instituciones municipales, sus compromisos y sus formatos. Es necesario que la administración local abandone esa especie de apropiacionismo que mantiene en determinadas estructuras, abrazar la idea de desprenderse para emancipar. La gestión compartida más que la gestión derivada. La internalización de energías más que la externalización de tareas.

Hace hincapié en que el paraguas general es la **innovación ciudadana** y a partir de ahí surgen los diferentes ámbitos de desarrollo: software cívico, ecología urbana, economías feministas, nuevas cartografías colaborativas, urbanismo humano, reapropiación de los comunes (los intelectuales y los físicos), la cultura como código, la multi/policulturalidad, y las gramáticas de lo cotidiano.

Por último, anota que el mejor punto de partida para comenzar a crear un Laboratorio de Innovación ciudadana es **salir y escuchar**.